

por un tratado en lengua latina, lo que, según Sultan-Bayezid, le permitía violar el tenor, en caso que le conviniese. Instigado en secreto por los agentes de Nápoles, de Florencia y de Milan, hizo el Sultan investir á Lepanto por mar y tierra. Las flotas otomana y veneciana se libraron, cerca de la isla de Sapienza (al sudoeste de la Morea), un combate que se terminó con ventaja de la escuadra musulmana. El comandante de la ciudad sitiada, viendo que se alejaban los navíos venecianos, se rindió al Kapudan-Bajá Dud. Dueño el Sultan de aquella plaza fuerte, encargó á Sinan-Bajá, beiler-bey de Anatolia, levantar dos fuertes sobre los promontorios de la Morea y de la Romelia, á fin de cerrar el estrecho; hizo construir cuarenta navíos por el modelo de los de los Venecianos, y volvió á Constantinopla.

Después de la toma de Lepanto, Iskender-Bajá, gobernador de Bosnia, invadió el Friul y la Carintia, y renovó las escenas de desolación de que fueron muy á menudo teatro aquellas desgraciadas comarcas. Dos mil hombres de caballería otomanos pasaron el Tagliamento (llamado por los musulmanes *Aksou*); una división se adelantó hasta Vicencio. Otros cuerpos reducían á cenizas ciento treinta y dos pueblos y aldeas, y assolaban la Carniola y la Dalmacia. En fin, en 1500 (905), el azote de las poblaciones de aquellas provincias, el terrible Iskender-Bajá, murió de una enfermedad pedicularia, poco tiempo después de haberse visto forzado por Juan Corvin á levantar el sitio de Yaitcha.

Los Venecianos se vengaron de la pérdida de Lepanto apoderándose en el mismo año (1500) de la isla de Cefalonia, que Sultan-Muhammed-el-Fatyh había conquistado hácia el fin de su reinado. Modon, Navarino ó Zonchio (*Pylos* en otro tiempo) y Coron cayeron en poder de los Osmanlinos; pero Nauplia-de-Malvasia (*Noembaria*), defendida por el valiente Pablo Contarini, resistió á todos los esfuerzos de Bayezid. Venecia, temiendo no poder por sí sola detener las armas del Sultan, implo-

ró el socorro de las potencias cristianas. Formóse una liga ofensiva y defensiva entre la república, el papa y la Hungría. La Francia y la España suministraron una escuadra que se reunió á las fuerzas navales húngaras y venecianas. El almirante Benedetto Pesaro sorprendió á la escuadra otomana cerca de Voisa, apresó once galeras y quemó la duodécima; y mientras que Gonzalo de Córdoba, *el gran capitán*, asolaba las costas del Asia Menor, los navíos del papa devastaban las posesiones otomanas del Archipiélago. Al mismo tiempo el almirante francés Ravestein efectuaba un desembarco en la isla de Metelin (*Lesbos*), á cuya capital había puesto sitio; mas, al acercarse Hersek-Ahmed-Bajá, que acudía al socorro de aquella ciudad, Ravestein levantó el áncora; y su flota, sorprendida á la altura de Cerigó por un golpe violento de viento, pereció enteramente.

El Veneciano Pesaro, penetró en el puerto de Prevesa, por un golpe de mano atrevido, y quemó en él ocho galeras. En 1502 (908), la flota veneciana, veinte navíos del papa y una nueva escuadra francesa atacaron á Santa Mauricia. Los jenizaros que la defendían, capitularon. Sultan-Bayezid los castigó muy tarde por aquella cobarde sumisión, haciéndolos ahorcar ó despedazar. Un gran número de Otomanos fueron capturados por el almirante veneciano, mientras que su patriota Nicolai Capello salvaba la isla de Chipre, amenazada por los Osmanlinos.

Prolongábase la guerra con Venecia y la Hungría y cada día se hacía mas peligrosa para los Otomanos; tenían además que defenderse contra la Persia, que acababa de atacar sus fronteras orientales, y que reprimía nuevas tentativas de sublevación de las tribus Torghud y Watsak. Todas aquellas circunstancias determinaron á Sultan-Bayezid á hacer la paz. Concluyóse un tratado con Venecia, en virtud del cual conservó la república Cefalonia, y cedió Santa Mauricia, Modon, Coron y Lepanto. Juróse una tregua de siete años con la Hungría, en 1503 (909), por Wla-

dislao y Hersek-Ahmed-Bajá, el cual, en consideración del feliz éxito de sus negociaciones, fué promovido, por la segunda vez, al gran visirato, dignidad de que había sido privado desde que principió la guerra contra los Venecianos.

En aquella época, concedió el Sultan en matrimonio á Sinan-Bajá, beiler-bey de Anatolia, la hija del príncipe Djem, viuda del sultan de Egipto. Aquel acto de política, desembarazaba á Sultan-Bayezid de todo temor de rivalidad; la posteridad del pretendiente estaba relegada para siempre en el interior de un harem.

En el año 907 (1501), el joven príncipe persa Cháh-Ismail-Sefi, habiendo atacado y vencido á Elwend-Mirza, último bastago de la familia del Carnero-Blanco, que reinaba en Persia, había establecido su poderío en Tebriz (*Tauriz*), y echado los fundamentos de una nueva dinastía (1). Ismail, celoso de conciliarse la amistad de Sultan-Bayezid, le envió, en diferentes ocasiones, embajadores para asegurarse de sus intenciones pacíficas: en cambio, el monarca otomano mandó al príncipe Sefi un enviado que se condujo con la mayor altanería, y cuyos modales altivos soportó el orgulloso Ismail, tal era su deseo de conservar la amistad del Sultan. Este el mismo Ismail que, mas tarde, combatió á Selim I, sucesor de Bayezid, y fué vencido por él en Tebaldiran.

El Sultan, después de la paz con Venecia y la Hungría, principió á buscar las delicias del descanso, y renunciando á la guerra, se dedicó á la administración interior de su imperio. Hersek-Ahmed-Bajá perdió por segunda vez la confianza del Sultan, y fué reemplazado, en la dignidad de gran visir, por Alí-Bajá. El

(1) Esta dinastía cuyos príncipes son conocidos en Europa bajo el nombre equivocado de «Sophis», y que debe su verdadero nombre de Sefi al jeque Sefi, abuelo de Cháh-Ismail, ha ocupado el trono desde 907 (1501) hasta 1134 (1722) porque, á pesar de que dos de los hijos de Cháh-Sultan-Hazein hayan sido proclamados por el famoso «Thahmas-Kouli-Khan», fué el que reinó bajo su nombre; se deshizo del último tomando el mismo el título de «Nadir-Cháh».

nuevo ministro animado contra Korkud, hijo mayor de Bayezid, con un encono que no trataba de disimular, irritó de tal modo el orgullo de aquel príncipe que resolvió abandonar la corte. Bajo el pretexto de hacer la romería de la Meca, se trasladó á Egipto. El Sultan de los mamelucos le recibió con los mas grandes honores, pero rechazó absolutamente todas las proposiciones de Korkud, que hubieran podido turbar la armonía entre el Egipto y la Puerta. Para reparar la imprudencia de su proposición, escribió entonces el príncipe al visir, suplicándole que intercediese por él cerca del Sultan. Por medio de aquel acto de sumisión, entró el príncipe en su gracia, y se apresuró á volver á su gobierno. Durante la travesía, su pequeña escuadra, batida por los navíos de los caballeros de Rodas, se vió precisada á salvarse en las costas del Asia Menor.

El 14 de setiembre de 1509 (915), una gran catástrofe esparció el terror en Constantinopla. Un terremoto, de una violencia de que la historia otomana no ofrece un segundo ejemplo, derribó mil y setenta casas, ciento y nueve mezquitas y una gran parte de las tapias del serrallo y de las murallas. Desplomáronse las cúpulas de muchos edificios públicos, las columnas vacilaron y se quebraron, los acueductos fueron arruinados; la mar salió de su recinto, y levantó sus olas furiosas por encima de las murallas y en las calles de la ciudad y del arrabal. Durante cuarenta y cinco días, continuos sacudimientos llenaron de espanto la capital del imperio, y hasta las provincias del Asia y Europa. Gallipoli, Demotika, las dos terceras partes de Tchorum, no presentaban mas que un monton de ruinas. El Sultan, temblando de verse aplastado bajo las paredes de su palacio, ocupó durante diez días una tienda colocada en medio de los jardines del serrallo. En seguida se fué á Andrinópolis; mas aquella ciudad no fué mas dichosa que la gran capital: al temblor de tierra se agregó una horrible tempestad; las aguas del Tundja vinieron á cubrir las ruinas amontonadas. En fin, cuando se

hubieron calmado los elementos, convocó Sultan-Bayezid un divan, en el cual, despues de haber atribuido el desastre que afligia á su imperio á la conducta tiránica y cruel de sus ministros, propuso medidas para volver á construir las murallas y los edificios de Constantinopla. Un concurso inmenso de obreros, sobre cuyo número varían los historiadores desde quince mil á setenta y tres mil, reparó en dos meses todo el mal. Al año siguiente, se celebró el aniversario de la reconstrucción de las murallas de la capital, distribuyendo al pueblo durante tres días, viveres en platos y fuentes. Aquella medida, aconsejada por los grandes de la corte como un medio de hacer olvidar á la poblacion los desastres del temblor de tierra, ocultaba la intencion secreta de vencer la severidad del Sultan, obligándole á tolerar un lujo que estaba decidido á prohibir por escrúpulos religiosos.

Despues de aquellos trabajos materiales, trató Sultan-Bayezid de consolidar las bases de su gobierno. Creyó lograrlo repartiendo la administración de las provincias entre sus hijos y nietos; mas aquella medida no fué mas que un manantial de disturbios. Los gobiernos de Trebisonda, de Amasia, de Tekke y de Karamania estaban confiados á los príncipes Selim, Ahmed, Korkud y Chehincháh; el joven Suleiman, hijo del primero, fué investido con el gobierno de Boli. Ahmed vió con sentimiento aquel nombramiento, que parecia colocar espresamente á su sobrino sobre el camino de Amasia á Constantinopla, es decir, sobre el camino que conducía al trono, para impedirle á él mismo el que se acercara á él. Sus quejas fueron tan violentas, que el Sultan creyó deber revocar su decision, y dar en cambio á Suleiman el gobierno de Kassa en Crimea. A pesar de esta concesion, estallaron bien pronto los celos que existian entre los príncipes. Chehincháh, el mayor de los hijos del Sultan, habia muerto; el trono pasaba de derecho á Korkud; pero tenia contra él á los jenizaros: aquella milicia turbulenta le consideraba inca-

paz de reinar, á causa de su amor por las artes. Su afeccion se dirigió sobre Selim, cuyo carácter inquieto y humor guerrero convenian mejor á sus soldados. Este último, seguro de sus buenas disposiciones, abandonó su gobierno de Trebisonda, y se fué al de su hijo Suleiman donde ejerció todos los actos de la soberanía. Sultan-Bayezid, irritado con aquella audacia, le mandó volver á su sanjacato; pero, lejos de obedecer, pidió Selim un gobierno en Europa, por estar cerca, decia, de su padre, y hasta solicitó el favor de ir á besarle la mano. El Sultan lo rehusó por tres veces; mas Selim se obstinó, y vino á acamparse con su ejército á las puertas de Andrinópolis, en la llanura de Tchokur-Owa. Bayezid, agoviado por la edad y las enfermedades, vió desde su tienda las tropas de aquel hijo rebelde; á este aspecto se arrasaron sus ojos de lágrimas; envió al beiler-bey de Romelia cerca de Selim, le concedió el sanjacato de Semendria, aumentado con los territorios de Widin y de Aladja-Hisar, y le hizo ricos presentes.

Mientras que reinaba en Europa una tranquilidad momentanea por las concesiones que Sultan-Bayezid hizo á Selim, Korkud atizaba el fuego de la guerra civil en Asia. Este príncipe se apoderó del gobierno de Sarokham. Una horda de bandidos, bajo las órdenes de un fanático afecto al rey de Persia, Cháh-Ismaíl, y conocido bajo el nombre de Cheitan-Kouli (esclavo del diablo), destruyó el ejército del beiler-bey de Anatolia. Aquella derrota de las tropas de Sultan-Bayezid proporcionó á Selim, que pasaba á Semendria, el pretexto de suspender su marcha. En vano le ordenó el Sultan muchas veces que prosiguiese su camino; no hizo caso de aquella orden. Entonces Bayezid, temiendo no tratase de arrebatarle Constantinopla, se volvió á toda prisa. Despues de la marcha de su padre, entró Selim en Andrinópolis, donde obró como soberano; no tardó mucho en salir para ir al encuentro de Sultan-Bayezid, que venia avanzando. Batido Selim completamente, se huyó á Crimea, en casa de

su suegro el khan de los Tártaros, que le prometió nuevas tropas.

Queriendo el gran visir Ali-Bajá vengar la muerte del beiler-bey de Anatolia, avanzó hasta cerca de Brusa. El príncipe Ahmed, á quien Sultan-Bayezid y su ministro querian colocar en el trono, trató de ganar á los jenizaros con numerosos regalos; mas habian puesto todo su afecto en Selim. Fué pues preciso ceñirse por el momento á combatir la tropa de Cheitan-Kuli: este jefe, rodeado en el valle de Kisil-Kyia (peñasco rojo), logró salir de él y esterminar el cuerpo de ejército que se oponía á su paso; perseguido por Ali-Bajá, Cheitan-Kuli aceptó el combate y pereció en la refriega, como igualmente el gran visir. La muerte de los dos jenerales puso fin á la accion. Ali-Bajá es el primer gran visir que haya sucumbido en el campo de batalla. Su espíritu superior, sus talentos militares, su jenerosidad, su amor á las ciencias y á las artes, le aseguran un rango distinguido entre los ministros del imperio otomano.

La horda de Cheitan-Kuli, despues de la muerte de su jefe, huyó á Persia, y cometió mil tropelías en el camino. Cháh-Ismaíl hizo meter en unas calderas de agua hirviendo á los dos nuevos jefes de aquellos fanáticos, y se hizo, para con el Sultan, un mérito de aquel castigo.

Luego que Ahmed hubo sabido la derrota de Ali-Bajá, avanzó hasta cerca de Gueibizé (*Lybisa*); y el segundo visir, Mustafá-Bajá, salió de Escutari para ir al encuentro del príncipe. A esta noticia, estalló una sublevacion entre los jenizaros, quienes entregaron al saqueo las casas de los partidarios de Ahmed. No atreviéndose este último á entrar en la capital, iba á sitiarse á Konia, donde mandaba su sobrino Muhammed; el joven príncipe, viéndose obligado á capitular, obtuvo la gracia de la vida. Sultan-Bayezid ordenó á Ahmed que rindiese la plaza; mas este último, rasgando en fin el velo sobre sus proyectos, insultó gravemente á su padre, en la persona de su enviado, á quien hizo cortar la

nariz y las orejas. Irritado el Sultan con aquella afrenta, dió el sanjacato de Semendria á Selim, autorizándole con esto para que volviese á Europa. Korkud, por su lado, viendo los manejos de sus hermanos, quiso desbaratarlos y tentar el disputarles la corona. Se disfrazó, se fué á Constantinopla y se apeó en la mezquita de los jenizaros. A pesar de aquel acto de confianza, no pudo cambiar las disposiciones de aquellos soldados altaneros; le recibieron no obstante con todos los honores debidos á su rango, y le acompañaron cuando fué á besar la mano á su padre. Despues de haber obtenido del monarca que designase á Selim por su sucesor, no se contentaban todavía con aquella concesion y exijian una abdicacion inmediata. Presentáronse entónces á Sultan-Bayezid, quien les preguntó lo que querian: «Nuestro padischah está viejo y enfermo, dijeron ellos; queremos en su lugar á Sultan-Selim.» «Yole cedo el imperio, respondió Bayezid, ¡que Dios bendiga su reinado!» A esta respuesta, el grito de *Allah-Kerim* (¡Dios es grande!) hizo resonar las bóvedas del palacio, Selim fué conducido en presencia de su padre, cuya mano besó respetuosamente; recibió las insignias imperiales, le acompañó al Antiguo-Serrallo, y volvió para recibir el juramento de fidelidad de los grandes. Veinte días despues, partió Sultan-Bayezid para Demotika. Selim, á pié y escuchando los consejos que le daba su padre, le acompañó hasta la puerta de la ciudad. Tres días despues ya no existía Bayezid. Su muerte, que siguió tan de cerca á su abdicacion, ¿fué el fruto de un crimen, ó simplemente la continuacion de sus largos sufrimientos y de su edad avanzada? La vida entera de Selim puede hacer inclinarse la balanza por la hipótesis primera, que todos los autores, excepto los historiadores del imperio, han admitido como una realidad.

Sultan Bayezid tenia treinta y cinco años cuando subió al trono, y murió en 918 (1512), despues de un reinado de treinta y dos años luna-

res. Hasta su advenimiento había pasado sus días en los placeres tranquilos del estudio.

Dotado de un carácter dulce, sencillo en sus costumbres, amando el reposo, la vida contemplativa, las ciencias y la poesía, no hizo la guerra sino cuando se halló obligado por las circunstancias. Muchos escritores orientales le designan con el sobrenombre de *Soufi* (filósofo contemplativo): epíteto que se da igualmente á los devotos. Tenia la costumbre de pasar los últimos diez días del ramazan en el retiro, y consagrarse solo, ó con el jeque Muhiiuddin-Yawuz, á todas las prácticas de la religión, de la que era aquel príncipe un celoso observador. Tenia, como su padre, la nariz muy aguileña, una constitucion robusta y mucha viveza en sus movimientos. Sus cabellos y su barba eran negros; su fisonomía llena llevaba á la vez la estampa de la melancolía, del misticismo y de la obstinacion, pero no tenia nada de cruel ni de temible: aunque se le acusa de haber hecho envenenar á su hermano Djem, este hecho, bastante probable, á pesar de carecer de pruebas históricas, no puede servir de base á una acusacion de crueldad habitual; porque el fratricidio había sido comprendido por Muhammed II en el número de las leyes del estado, con arreglo á las ideas políticas admitidas entre los Orientales, y que se han inoculado en las costumbres otomanas, á la ayuda de un axioma equivalente al de los Romanos; *Salus populi, suprema lex esto*. La necesidad de poner su trono y su persona al abrigo de las tentativas de un pretendiente atrevido, pudo, hasta cierto punto, paliar aquel crimen. En cuanto á la opinion que emite un autor italiano sobre la muerte de uno de los hijos de Sultan-Bayezid, el príncipe Muhammed, que él pretende haber sido envenenado por orden de su padre, nos parece enteramente desmentida por la ternura que el Sultan profesaba á todos sus hijos, y por el sincero dolor que le causó la pérdida de los que murieron antes de él. A pesar de su espíritu religioso, ha sido acusado de ebriedad; no

obstante renunció al vino al fin de sus días: no pudo corregir del mismo modo su inclinacion á las mujeres, y debió al abuso de los placeres una vejez prematura. Tenia aquel príncipe un gusto muy decidido por las artes mecánicas; buscaba con pasión las obras de tornero; las cornalinas bien talladas y las obras de platería. Diestro en todos los ejercicios del cuerpo, tenia pocos rivales en el tiro del arco. Enemigo del lujo, no llevaba el bonete bordado de oro de los seis primeros Sultanes (el *ushuf*), ni el turbante de los ulemas (*ourf*), adoptado por Murad II; fué el inventor de un peinado de forma cilíndrica y rodeado de muselina, llamado *mudfewweze*.

Sultan-Bayezid fundó un gran número de hospitales (*imaretas*) y de medrezas y muchas mezquitas, construyó tres puentes magníficos sobre el Kyzil-Irmak, en Osmanjik, sobre el Sakaria y sobre el Rodos (*Hermus*). El vicio de avaricia con que le han denigrado algunos historiadores carece de fundamento: porque gastó sumas inmensas en construcciones, en limosnas, en regalar á los letrados, á los jeques, á los maderices, á los kazi-askers, á los mustás y á los literatos de su reinado: en la época de cada *curbambeiram* enviaba á la Meca una ofrenda de catorce mil ducados. La proteccion que acordó á las ciencias y á las letras tuvo una influencia notable sobre los progresos. Cuéntanse setenta jurisconsultos célebres. Djaffer y Saadi perfeccionaron el estilo epistolar. Dos célebres historiadores, Neschri é Idris, escribieron los anales del imperio; el primero en un estilo sencillo y puro, el segundo con toda la pompa y exajeracion de la fraseología oriental. La poesía arrojó tambien una gran claridad: el mismo Bayezid era un poeta distinguido, como igualmente su hermano Djem, y sus hijos Korkud y Selim.

Concluirémos este capítulo por un rasgo que pinta la piedad supersticiosa de que se hallaba animado Sultan-Bayezid. Habia hecho recoger con cuidado el polvo que cubrian sus vestidos durante el curso de sus

espediciones guerreras; á la hora de su muerte, mandó que petrificasen aquel polvo en forma de ladrillo, y que le colocasen sobre su frente en su sepulcro. Esta prescripcion singular estaba fundada en aquel *hadis* (tradiccion) de Mahoma: «Aquel cuyos piés se cubren con el polvo de las sendas del Señor, será preservado del fuego eterno.»

CAPITULO XI.

SULTAN-SELIM-KHAN I, HIJO DE SULTAN-BAYEZID II.

En el mismo día en que Sultan-Bayezid, cediendo al capricho de una milicia insolente, partía para Demotika, abandonando el cetro entre las manos de Selim, enduraba este el despotismo de aquellos pretorianos á quienes debia el trono. Colocados en filas en las calles que era necesario atravesar para ir al serrallo, esperaban los jenízaros á su paso para arrancarle, con sus clamores, la gratificacion que la debilidad de Sultan-Bayezid no habia sabido rehusarles á su advenimiento, y que miraban desde entónces como un derecho. Revoltóse la altanería de Selim con aquella pretension sediciosa: para no verse obligado á ceder á ella, cambió de carrera, y entró en el palacio por un camino escusado. Temió sin embargo las consecuencias del furor que aquella contrariedad no podia menos de excitar entre los jenízaros, y les hizo distribuir tres mil aspros por cabeza. Sultan-Bayezid no les habia otorgado mas que dos mil, pero Selim, cuando quiso ganarles á su causa, les habia prometido una paga mayor; creyó prudente cumplir su palabra. Un sandjak-bey, queriendo aprovecharse de la ocasion, tuvo la desvergüenza de reclamar á su vez un aumento de rentas: aquella demanda atrevida hizo estallar la cólera oculta que ajitaba á Sultan-Selim; de un sablazo hizo saltar la cabeza del imprudente gobernador.

El Sultan para reparar el vacio del tesoro, principió por imponer á todos sus súbditos una contribucion

extraordinaria, y aumentó hasta cinco el derecho de tres por ciento que pagaban las mercancías importadas en sus estados por los navios ragusanos. Casi en la misma época, renovó el tratado con su feudatario el príncipe de Moldavia.

Apenas se hubo sentado Sultan-Selim en el trono arrebatado tan indignamente á su padre, que el pernicioso ejemplo que él habia dado produjo sus frutos: su sobrino Alá-eddin, hijo del príncipe Ahmed, gobernador de Amasia, se apoderó de Brusa, y prelevó sobre los habitantes una contribucion enorme. A aquella noticia, Sultan-Selim confió las riendas del gobierno á su hijo Suleiman, y marchó, al frente de un ejército de setenta mil hombres, contra su hermano. Durante aquel tiempo, cruzaba en las costas del Asia Menor una flota de ciento veinte y cinco galeras, y se oponia á que huyese á Europa el príncipe rebelde. Sultan-Selim no habia olvidado la historia de su tio Sultan-Djem (1).

Mientras que Turs-Alí-Bey, comandante de la vanguardia del ejército del Sultan, arrojaba de Brusa á Alá-eddin, y le perseguía hasta Derende, avanzaba Selim hácia Angora. A su aproximacion, habia Sultan-Ahmed abandonado la ciudad, y dos de sus hijos habian ido á reclamar la proteccion del rey de Persia, Chah-Ismail. Nombra el Sultan á Mustafá-Bey para el gobierno de Amasia, y se vuelve á Brusa. Aprovechase el príncipe Ahmed de la ausencia de Selim; vuelve, á marchas forzadas, delante de Amasia, y se apodera de ella por sorpresa. Ofrece el visirriato á Mustafá, quien le acepta, y no teme hacer traicion á Sultan Se-

(1) Prevenimos á los lectores que no se admiren de ver «en adelante» los nombres de los príncipes de la familia otomana constantemente precedidos del título de «Sultan». Cuando se trata de las princesas de sangre imperial, este título sigue su nombre; así se dice: «Sultan-Ahmed, Sultan-Abdul-Mdejid», etc., y «Salyha-Sultana, Khadidje-Sultana, Adile-Sultana», etc., etc. Este título (Sultan) trasformado en «Sondan» por los historiadores de la edad media, corresponde á la palabra «príncipe», tomada en todas las acepciones que indican una existencia soberana, mas ó menos cercana del trono ó un origen imperial ó real.